

XIV DECIMOTERCER VIAJE: FRANCHESCA

TODAS LAS NOCHES MORÍA con tanta sutileza que siempre regresaba para verla morir una vez más. Sufría su agonía sin gritos ni estertores, tan sólo deslizaba un nombre entre sus labios. Nada más era un susurro, pero había tal quietud entre nosotros que llegaba a los rincones más lejanos del teatro... Armand...

Después, tras pronunciarlo, nos miraba en paz, valientemente, arrostrando su destino en muda resignación y tomando con su mano la más blanca de entre un ramo de camelias, la acercaba a su mejilla, la besaba suavemente y dejando caer sobre sus pétalos una lágrima, exhalaba el último aliento antes de morir.

Frente a la puerta del camerino, un tumulto de admiradores se congregaba imposibilitando nuestro acceso. Permanecimos allí, alejados unos metros, hasta que un hombre salió llamando repetidamente a Miguel. La señal que aguardábamos. Nos hicimos hueco entre la gente y después de algún esfuerzo, logramos por fin entrar. Francesca Melchoir, la gran actriz dramática, nos esperaba desmaquillándose frente al espejo. Alrededor de ella, docenas de flores inclinaban sus tallos en señal de reverencia, —y no digo esto movido por una inspiración poética, sencillamente es que su desinterés por las mieles del éxito era tal, que ni siquiera permitía a la

doncella poner en agua uno solo de los ramos que sus devotos le enviaban— Aquella particularidad suya podría haber resultado antipática para alguien más imparcial que yo, pero confieso que su arte me había cautivado hasta tal punto que cualquier cosa relacionada con ella tenía mi perdón más inmediato e incondicional.

Era una mujer alta y estilizada pero no puedo decir que fuera hermosa. Sin embargo, tenía esa clase de belleza interior que aun siendo indetectable para los sentidos, se muestra desnuda y clara ante la sensibilidad. Su paz imperturbable, la fortaleza y seguridad de su carácter, lo refinado de sus maneras... Era tal el alcance del atractivo de su personalidad que sobrepasaba el desacierto de sus facciones, dotándolas de un encanto que por sí solas no tenían.

Hablando de su belleza, recuerdo una ocasión en la que recibió a varios periodistas que la esperaban después de una función. Cuando pregunté a su doncella por qué de entre todos, sólo a uno se le había negado la entrada, me contestó que era orden directa de la artista. Se trataba de un reportero de la prensa rosa que le había causado mucho daño en el pasado, arrojando la calumnia y la duda malintencionada sobre su vida privada.

A fin de no entorpecer la entrevista, mi amigo y yo nos apostamos en un rincón durante un rato hasta que, viendo lo inútil de nuestra presencia le hice un gesto proponiéndole salir del camerino. No habíamos hecho sino cerrar la puerta, cuando el reportero, que aún seguía fuera, se diri-

gió presuroso hacia Miguel con la evidente intención de entrevistarle. Sin duda conocía la estrecha y larga relación que le unía a Franchesca y viéndose vetado para la caza mayor, prefirió conformarse con una presa menos valiosa con tal de no irse de vacío.

Empezó interesándose –más tarde confirmé que sólo en apariencia– por la carrera de la artista, formulando preguntas a las que Miguel respondía cordialmente hasta que, llegado un punto, se atrevió a ahondar en aspectos más íntimos de su vida personal.

–Se ha especulado mucho sobre el tema. Es un enigma que a sus admiradores siempre les ha intrigado. Usted, que es amigo de Mademoiselle Melchoir, quizá lo pueda desvelar de una vez por todas ¿Sabe qué edad tiene realmente?

Al decir aquello la sonrisa afable que había mantenido desde el principio, adquirió un matiz cínico. Miguel, consciente del verdadero propósito de aquel individuo, contestó:

–Perdóneme, pero no puedo decirle nada sobre eso.

–¿No puede porque se lo impide la caballerosidad o porque, sencillamente, no lo sabe?

–Lo dejo a su juicio, pero ya que menciona la caballerosidad, déjeme recordarle que un caballero jamás hace esas preguntas, del mismo modo en que tampoco las contesta. Yo aún estoy a tiempo de serlo. Usted ya no.

–Muy hábil, muy hábil –murmuró indiferente a la respuesta de Miguel, mientras hacía unas anotaciones en su libreta– y, dígame: ni siquiera sus más fieles seguidores cuentan

entre las virtudes de la artista una...lo que podríamos llamar, belleza arrebatadora –aquí su tono irónico se recrudeció notablemente– ¿Cree que haber sido más hermosa hubiera favorecido en algo su carrera?

–Lo ignoro pero probablemente a ella no le preocupe si fue o no agraciada con el don de la belleza, lo más seguro es que le baste con haber recibido el de crearla.

–No me esquive. Le pregunto lo que cree usted, no lo que piensa ella.

–De acuerdo, pero le advierto que es peligroso invitarme a opinar sobre ciertos temas. En estos tiempos son tan pocas las ocasiones que uno tiene de filosofar que, aun sin quererlo, es posible que aproveche la respuesta para cobrarme los atrasos.

–Me arriesgaré.

–Ya que insiste... Lo que creo es que aunque no es necesario ser hermoso para apreciar la hermosura, sí hace falta ser inteligente para detectar la inteligencia; noble para valorar verdaderamente la nobleza y sensible para conmoverse ante la sensibilidad. Siendo Franchesca una persona que reúne todas esas virtudes y siendo ésa la clave de su belleza, puede usted deducir de cuáles carece todo aquel que no la encuentra bella.

Sin duda el periodista se sintió aludido porque tanto su gesto como su actitud, perdieron el matiz sarcástico y autosuficiente que habían mantenido hasta entonces. No puedo asegurarlo pero quizá ése fuera el momento en el que la hostilidad con la que se le había tratado desde el principio, quebró por fin el límite de su aguante. De haber tenido

un temple más fuerte, el cruzarlo le hubiera llevado a una reacción defensiva pero sorprendentemente, al contrario de enfrentarse, contestó con aire derrotado:

—No creo que haya motivo para ponerse así. Sólo hago mi trabajo y mis lectores no están únicamente interesados en la carrera de la artista, también en su vida privada.

—Quizá si sus lectores se esforzaran más en tener una vida interesante no se interesarían tanto por la de los demás.

—Bueno —respondió cerrando su cuaderno— por lo que veo, me he equivocado al dirigirme a usted. Buenas noches.

—En eso tiene razón. Reconocer ese error ha sido su único acierto hasta ahora. Le deseo mejor suerte en su próxima entrevista. Buenas noches.

Confieso que aunque aquel individuo no se había ganado precisamente mi simpatía, me conmovió verle marchar cabizbajo, visiblemente dolorido tras el vapuleo que le había propinado Miguel. Cuando le pregunté a mi amigo si no creía que había sido demasiado duro con él, me contestó:

—Querido Carlos, no hay creación más bella que la destrucción de la fealdad.

Aunque su respuesta no fue del todo satisfactoria para mí, es innegable que siendo la belleza el tema de fondo en aquella conversación, esas palabras resultaron un epílogo lapidario.

Mi relación con Mademoiselle Melchoir siempre fue distante, claro que, siendo una persona tan exquisitamente

educada como ella y contándome yo entre las amistades de Miguel, su trato era cordial hasta lo intachable, pero no podría decir que afectivo. Es ése el motivo por el que todo cuanto llegué a saber de ella trascendía en muy poco del conocimiento que a un simple testigo, sin derechos ni concesiones a la familiaridad, le esta permitido adquirir. Hasta tal punto era minúsculo el grado de proximidad e implicación que me concedía, que nunca gocé de un papel en su vida personal mejor ni distinto del que llegué a ocupar en la profesional: el de mero espectador. Por eso, sólo pude calmar parcialmente mi curiosidad natural. Hubiera preferido dormirla profundamente pero dado el poco acceso que la artista permitía a sus intimidades, tuve que conformarme con concederle a mi instinto un simple estado de vigilia, a pesar de lo cuál, compartí suficientes episodios con ella como para sentirme en situación de otorgarle algún que otro calificativo sin riesgo de error. Obviamente, ninguno despectivo. Como ya he dicho antes, la admiraba sinceramente.

Era excéntrica. Una noche en la que hablábamos de nuestros viajes, confesó que jamás iba a un lugar que estuviera cerca del mar. Supuse que la causa podía tener relación con la salud o con alguna experiencia traumática. Me quedé tan estupefacto cuando nos la reveló que aún recuerdo sus palabras como si las estuviera oyendo ahora:

—Detesto el mar porque, quizá con la excepción del delfín, allí dentro nadie te quiere.

Es evidente que los peces no son los animales que más afecto han demostrado por el hombre, pero, igualmente, sorprendía escuchar su explicación.

Era rencorosa, peor aún, vengativa. El propio Miguel me contó la historia de una actriz que en tiempos había sido muy amiga de Franchesca. Llegado un momento y por motivos relacionados con la rivalidad, ésta la exilió de su círculo, negándole radicalmente toda proximidad. Como consecuencia, aquella mujer cayó rápidamente en desgracia. Todas las amistades de la artista le cerraron afectiva y profesionalmente sus puertas. Cuando la noticia llegó hasta mi amigo, éste, en su casi maniática inclinación a deshacer entuertos, trató de convencer a Franchesca instándole a la piedad. Puedo imaginar la satisfacción de Miguel cuando, en respuesta a sus demandas, logró arrancarle la promesa de enviar esa misma tarde una nota a aquella pobre mujer. Me consta que la sorpresa de mi amigo al conocer su contenido no pudo ser menor que la mía cuando me lo reveló. Decía textualmente:

“Estás sumergida en un mar de heces pero, tranquila, aún hay algo de ti que flota: tu mierda”.

No fueron sólo la extravagancia o la inmisericordia las particularidades que pude atisbar en su personalidad desde mi relegada posición de observador. Era una mujer desilusionada, con el éxito, por supuesto, pero aún más con el amor. Aunque muchos fueron los síntomas que dio de ello, recuerdo especialmente un día en el que saliendo del teatro a

la calle para ir a cenar, nos encontramos a la actriz que hacía el papel de Olympe en brazos de un hombre. Los dos se besaban acaramelada y tiernamente guarecidos de la lluvia parisina bajo el toldo de un comercio cercano. Mientras esperábamos la llegada de un taxi, Miguel, que a pesar de su habitual discreción no había podido apartar los ojos de ellos, dijo en un acceso tan expresivo como insólito en él:

—Qué bonito. Ojalá les dure siempre.

Al oírlo, Mademoiselle Melchoir los miró, después a Miguel y sonriéndole irónicamente le dijo en un tono condescendiente, casi despectivo, como si se estuviera dirigiendo a un niño:

—A mí me bastaría con que se les acabara al mismo tiempo.

Sé que a Miguel le dolió escuchar aquello, ya le conocía lo suficiente para notarlo y aunque ignoro si el propósito de Franchesca fue el de despreciar sus sentimientos y así ridiculizar la debilidad que para ella parecía suponer el tenerlos, puedo asegurar que ni a mí ni a mi amigo nos logró empapar de su desencanto. Él se blindó con esa elegante indiferencia tras la que a veces se ocultaba en situaciones adversas y yo me admiré una vez más de aquella habilidad suya gracias a la cual era tan capaz de esconder herméticamente su dolor, como de expresar libremente sus emociones más frágiles y bellas.

Otra vez en la que Franchesca dejó notar aquel completo escepticismo hacia el amor, fue durante una cena en la

que Miguel nos deleitaba recordando episodios que ambos habían compartido en la adolescencia, época en la que se conocieron. Según se extraía de sus palabras, debió estar muy enamorado de ella por aquel entonces. Todas y cuantas anécdotas nos contó tenían como punto en común la figura de un muchacho arrebatado de pasión, capaz de cualquier cosa por su amada. Así, simpática y amigablemente continuó hablando hasta que ella le interrumpió invitándole, casi desafiándole, a adivinar el contenido de un papel que instantes antes había sacado discretamente de su bolso.

—Estoy segura de que no imaginas lo que es.

—No —contestó Miguel sorprendido— ¿Qué?

—Un poema de aquella época. Me lo escribiste días después de que te despachara con el tan recurrido ”te quiero sólo como amigo”, ¿te acuerdas?

—Del despacho sí, pero no del poema.

—Yo te lo recordaré —dijo desplegando la cuartilla amarillenta por el tiempo y disponiéndose a leerla—:

*Yo me hubiera arrodillado
ante el ogro y el dragón,
ante el rey, ante el soldado,
ante todos por tu amor.*

*Mi gran logro hubiera sido
combatir frente al castillo
y obligar a mi enemigo
a implorar por tu perdón.*

*Quizá sean cursiladas,
pero cómo te diría de otro modo si no sé
que aunque a todos me humillara,
ante ti no haría nada
más que estar firme y en pie.*

*Cómo iba a decirte
que yo iría a la batalla
desarmado, hasta desnudo,
a arrancar mil corazones,
si al final tuviera el tuyo.*

*Pero un día abrí los ojos
y deduje que, al pedirlo,
tan sólo podrías darme,
tú a mí, un poco de cariño,
yo a ti, lástima sin más.*

*Yo me hubiera arrodillado
ante todos por tu amor,
pero sé que los esclavos
sólo inspiran compasión
y no es eso lo que pido,
por eso muestro mi orgullo,
porque él me mantiene erguido,
lo lamento si hace un muro
que entorpezca la amistad
pero tú pusiste el tuyo
no queriéndome dar más.*

En cuanto acabó, la sonrisa con la que había acompañado su lectura se desató repentinamente en una carcajada, diría que teñida de un cierto aire malicioso.

—Desde luego son niñerías deliciosas, pero tan ridículas...
—añadió cerrando cuidadosamente el papel para devolverlo a su bolso—.

Franchesca solía tratar respetuosa y hasta cariñosamente a Miguel pero por algún motivo, le divertía desmitificar los valores románticos que él encarnaba, hostigándole con un humor frívolo e irreverente. Precisamente era ese rechazo por todo lo relacionado con lo sentimental, la particularidad que más me intrigó siempre de ella. Al contrario de otras mujeres heridas por la decepción, Franchesca no sentía aversión por los hombres. Parecía que su guerra fuera únicamente con el propio amor. De él podía tanto burlarse como renegar y siempre con un desprecio que se debatía entre el odio y el desdén.

Como si fuera la respuesta a una plegaria, de manos del azar llegó un día la ocasión de calmar mi curiosidad. Por fin mi condición de espectador me iba a dar la oportunidad de presenciar algo no acotado por los márgenes del escenario. Precisamente detrás de él, escondidos entre bastidores, pude ver a Miguel y a Franchesca besándose apasionadamente. Tardé unos segundos en reaccionar y cuando por la elemental discrección ya iba a darme la vuelta para volver sobre mis pasos, observé atónito como mi amigo se deshacía en esfuerzos, delicada pero decididamente, por

apartarse de ella. En un principio no me dio la impresión de que hubiera llegado a esa situación en contra de su voluntad, diría incluso que parecía por completo entregado, sin embargo ahora todo indicaba que algo le había llevado a arrepentirse.

Tengo hondamente impresa en la memoria la imagen de Miguel alejándose entre las sombras del teatro mientras Franchesca, sollozando, le tendía los brazos implorando su regreso. Esa fue la única vez que vi en ella un lado humano y sentí verdaderamente su dolor, pero aún más el triste hecho de que hubiera de sentirlo para que el muro tras el cual se protegía, acabara por derrumbarse descubriendo al fin su humanidad. Quizá ése sea el gran poder del sufrimiento: el de devolvérsela a las personas que, por miedo a padecerlo, reniegan de la piedad, de la fe y del amor. Me hubiera gustado preguntarle si le compensó renunciar a todo eso para evitar el daño que a veces causa el conservarlo. Si mereció la pena perder los buenos sentimientos a cambio de evitar unas malas sensaciones. No lo hice. No le dije nada. Pensé que no hubiera sido muy humano acusarla de su error en el mismo instante en el que lo pagaba y la dejé marcharse igual que ella dejó irse a Miguel, desapareciendo entre las sombras del teatro mientras yo, inmóvil, contemplaba el vacío y la soledad de aquel rincón, los escombros de la empalizada que minutos antes se había desmoronado por el golpe de un dolor devastador.

No volví a verles juntos. La noche antes de partir hacia Bruselas, nuestro próximo destino, fui a ver lo que, para

mí, sería la última representación. Lamentablemente me retrasé unos minutos, los suficientes como para encontrar las puertas cerradas a mi llegada. Resignado, fui a tomar un café en el bistro de la esquina con el propósito de esperar el final de la función. Al menos podría despedirme de Franchesca antes de abandonar la ciudad. Cuando desde mi mesa vislumbré el tumulto de gente saliendo del teatro, me dirigí hacia allí. Al contrario de lo que había visto en mis anteriores asistencias, el público se mostraba inquieto, descontento. No pude entender bien sus comentarios pero, desde luego, no parecían los de un espectador satisfecho. Dentro, el ambiente también era de consternación. En los pasillos, los actores murmuraban en un claro estado de alarma. Cuando llegué al camerino llamé. Una voz respondió. Era la doncella. En cuanto me identifiqué, contestó que esperara y, pasados unos instantes, regresó informándome de que la artista estaba indispuesta, no podía recibir a nadie. En todo momento la puerta se mantuvo cerrada.

Fue sobre las nueve de la mañana, mientras merodeaba por el quiosco del aeropuerto buscando alguna revista con la que acortarme la espera, cuando ví el titular.

**“FRANCHESCA MELCHOIR.
NOCHE DRAMÁTICA PARA LA GRAN DIVA DEL DRAMA”**

Comprendiendo que al fin podría enterarme de lo ocurrido el día anterior, adquirí inmediatamente un ejemplar. La crónica estaba firmada por el periodista que había

entrevistado a Miguel frente al camerino. Por lo que leí, su actuación había sido desastrosa. Olvidó partes del texto, dando lugar a imperdonables silencios y cometió, en resumen, otros tantos desatinos de los cuales aquel individuo hacía un inventario detallado. Entre todos ellos, uno especialmente le daba la oportunidad de cubrir más de la mitad del texto con especulaciones emponzoñadas y sin fundamento. Al parecer, en la última escena, en el instante antes de la muerte que tantas veces me había sobrecogido de emoción, pronunció otro nombre. No fue el de Armand. Su voz debió ser tan débil que ni siquiera las versiones de los espectadores más próximos a ella coincidieron al identificarlo, por lo que el periodista sólo se atrevía a plantear la duda, reabordando aunque sin solucionarlo, el viejo enigma sobre la vida sentimental de la artista. A partir de ahí, se deshacía en conjeturas absurdas que la asociaban con antiguos romances y toda suerte de candidatos cuya sola mención ya constituía un disparate. Leí hasta donde mi estómago puedo resistir y tras cerrar la revista asqueado, me deshice de ella en la primera papelera que encontré.

Más tarde, ya en el avión, pensaba en todo lo sucedido: en Franchesca, en los motivos que habrían llevado a Miguel a rechazarla aquella noche... En los misterios que no llegué a resolver y en los que la casualidad me desveló. Entre éstos últimos, uno brillaba en mi conciencia con luz propia, casi cegadora. Al contrario que aquel periodista entrometido e impertinente, yo sí conocía el nombre que Franchesca pronunció. Para mí, que aunque accidentalmente había desen-

trañado su secreto aquel día entre bastidores, no era difícil acceder a esa certeza. De todos modos, cualquiera que se hubiera preguntado a quién podría amar una persona que sin creer en el amor guarda durante veinte años el poema de un enamorado, lo hubiera adivinado fácilmente.